

En esta habitación estoy solo. Oigo el ruido de las cañerías; el viento ruge en la ventana y oigo lejanos los motores de los coches. Pero no hay nadie junto a mí. Hace tiempo que no lo hay.

El Casco Neutralizador está escondido debajo de la cama y te escribo de noche. Como sabrás, es mejor ser precavido. Sospecho que pueden haberme seguido. Por eso mi mensaje es más urgente todavía. Quizás sea lo último que haga.

Me imagino que conoces la sensación de caminar por la ciudad ocultando tu secreto. Te gustaría revelarlo a todos. Decir: ¡aquí estoy! ¡yo soy el que veis! ...sin disfraces ni imposturas...

Yo también he tenido ese deseo de revelarme, y también la angustia de imaginarme unos ojos atónitos mirándome y unas bocas burlonas que se ríen de mi “¡Quién lo iba a decir! ...y parecías normal...”

Vives, pues, de manera prudente. Te permites algún momento de libertad cuando juegas con tu don al cruzarte con alguien por la calle. Entrás en personas extrañas, les sondeas brevemente y, sin llegar más allá, las abandonas en su camino. Cuando las ves desaparecer, te recreas levemente con sus sentimientos, los evocas, los paladeas en tu mente y luego los dejas disiparse como un vaho amable sobre un cristal.

Es un triste sustituto de la compañía humana.